

SUMARIO

- Manual de urbanidad y buenas maneras.* Manuel Antonio Carreño p. 390
El libro de la infancia. Por un amigo de los niños. Amenodoro Urdaneta p. 394
«La infancia abandonada». Rafael Vegas Sánchez p. 396
«La escuela y otras menudencias». José Manuel Castillo p. 402
«El niño que yo era». Aquiles Nazoa p. 408
La infancia en la poesía venezolana. Beatriz Mendoza Sagarzazu p. 412

*Manual de urbanidad y buenas maneras**

*Manuel Antonio Carreño***

* Manuel Antonio Carreño, *Manual de urbanidad y buenas maneras*, Caracas, Eduven, 2000.

** Ver perfil biobibliográfico *supra*, p. 292.

(...)

De los deberes para con la sociedad

I Deberes para con nuestros padres

v. Nuestros primeros años roban a nuestros padres toda su tranquilidad, y los privan a cada paso de los goces y comodidades de la vida social. Durante aquel período de nuestra infancia, en que la naturaleza nos niega la capacidad de atender por nosotros mismos a nuestras necesidades, y en que, demasiado débiles e impresionables nuestros —rganos, cualquier ligero accidente puede ocasionarnos una enfermedad y aún la muerte misma, sus afectuosos y constantes cuidados suplen nuestra impotencia y nos defienden de los peligros que por todas partes nos rodean.

ix. Después que nos hacen saber que somos criaturas de ese ser imponderable, ennobleciéndonos así ante nuestros propios ojos y santificando nuestro espíritu, ellos no cesan de proporcionarnos conocimientos útiles de todo género, con los cuales vamos haciendo el ensayo de la vida, y preparándonos para concurrir al total desarrollo de nuestras facultades.

xviii. Nuestro acendrado amor debe, naturalmente, conducirnos a cubrirlos siempre de honra, contribuyendo por cuantos medios estén a nuestro alcance a su estimación social, y ocultando cuidadosamente de los extraños las faltas a que como seres humanos pueden estar sujetos porque *la gloria del hijo es el honor del padre*. (...)

Capítulo II

Del aseo.

xi. Las uñas deben ser recortadas cada vez que su crecimiento llegue al punto de oponerse al aseo; y en tanto que no se recorten, examínense a menudo, para limpiarlas en el momento en que hayan perdido su natural blancura. (...)

xviii. Ya hemos dicho que las reglas de la urbanidad son más severas cuando se aplican a la mujer; pero no podemos menos de llamar aquí especialmente la atención hacia el acto de escupir y hacia el

todavía más repugnante de esgarrar. La mujer que escupe produce siempre una sensación extraordinariamente desagradable, y la que esgarra eclipsa su belleza, y echa por tierra todos sus atractivos. (...)

Artículo I

Del método, considerado como parte de la buena educación. (...)

ix. La vida es muy corta, y sus instantes corren sin jamás detenerse; así es que sólo en la economía del tiempo podemos encontrar los medios de que nos alcance para educarnos e ilustrarnos, y para cumplir con todos nuestros deberes religiosos y sociales.

Capítulo III

Del modo de conducirnos dentro de la casa. (...)

Artículo VII

Del modo de conducirnos con nuestros vecinos.

iii. Los niños bien educados jamás salen a la calle a formar juegos y retozos que necesariamente han de molestar a los vecinos, ni en las recreaciones a que se entretengan dentro de su casa, a levantar alborotos que puedan llegar a las casas contiguas.

Capítulo IV

Del modo de conducirnos en diferentes lugares fuera de nuestra casa. (...)

Artículo II

Del modo de conducirnos en el templo.

iv. Guardémonos de llevar con nosotros niños demasiado pequeños, que por su falta de razón puedan perturbar a los demás con el llanto o de cualquier otra manera; y tengamos presente que llevar a la iglesia un perro es un acto imponderablemente indigno e irreverente.

Artículo III

Del modo de conducirse en las casas de educación.

iii Consideremos que nuestros maestros ocupan el lugar de nuestros padres, y que si en todas ocasiones

les debemos, como ya hemos dicho, amor, obediencia y respeto, en la escuela tenemos que respetar también en ellos el carácter de dueños de casa, y tributarles todas las atenciones que como a tales les son debidas.

IV. Según esto es necesario que observemos en la escuela una conducta circunspecta, sin levantar jamás en ella la voz, sin entregarnos a otros pasatiempos que los que nos sean expresamente permitidos, y sin incurrir, en suma, en ninguna falta que pueda hacer recaer sobre nosotros la fea nota de irrespetuosos y descortesés.

Capítulo VI

Diferentes aplicaciones de la urbanidad.

(...)

Artículo III

Reglas diversas.

VI. Son actos enteramente impropios y vulgares:

1) poner un pie sobre la rodilla opuesta; 2) apoyarse en el asiento que ocupa otra persona, y aun tocarlo ligeramente con las manos; 3) mover innecesariamente el cuerpo, cuando se está en un piso alto, o cuando se ocupa con otros un asiento común, como un sofá, etc., o un lugar cualquiera alrededor de la mesa, de manera que se comunique el movimiento a los demás; 4) extender el brazo por delante de alguna persona, o situarse de modo que se le dé la espalda, o hacer cualquiera de estas cosas, cuando es imprescindible, sin pedir el debido permiso; 5) fijar detenidamente la vista en una persona; 6) estornudar, sonarse o toser con fuerza, produciendo un ruido desapacible; 7) reír a carcajadas o con frecuencia; 8) llevarse a menudo las manos a la cara, rascarse, hacer sonar las coyunturas de los dedos, y jugar con las manos, con una silla o con cualquier otro objeto.

*El libro de la infancia. Por un amigo de los niños**

Amenodoro Urdaneta

Fue hijo del general Rafael Urdaneta, prócer venezolano. Nace en Bogotá en 1829 y junto con su familia abandona Colombia para exilarse en la isla de Curaçao hasta que en 1832 se les permite la entrada a Venezuela. Amenodoro Urdaneta pasa parte de su infancia en un fundo agrícola en Churuguara (estado Falcón) hasta que su padre regresa nuevamente a la vida pública y la familia se traslada a Caracas. El escaso patrimonio familiar, luego de la muerte del padre, pone en situación precaria a los Urdaneta, razón por la cual Amenodoro no puede realizar estudios formales, aun cuando desarrolla una enorme capacidad autodidacta que le permite tener una vasta cultura general. Tuvo una breve participación en cargos públicos y fue maestro. Es un autor polifacético y desarrolla una obra amplia y variada. Escribe para los niños muchos libros de instrucción, pero su obra que más destaca para este público es *El libro de la infancia...* (1865).

En él se evidencia un fuerte tono religioso, y sus abundantes textos ya muestran un lenguaje adecuado a los pequeños, donde predomina el tratamiento literario. Tal como señala María Elena Maggi, «Amenodoro Urdaneta fue el primer escritor o “autor culto” de literatura para niños que existió en el país...».

* Amenodoro Urdaneta, *El libro de la infancia. Por un amigo de los niños*, Estudio preliminar de María Elena Maggi, Colección V Centenario del encuentro entre dos mundos, Caracas, Biblioteca Nacional, Fundación Latino, s/f.

Haced que vuestros hijos sigan el bien i la virtud mas por amor que por temor; exitad su sensibilidad; estampad en su alma imágenes tiernas, risueñas i agradables; revestid su corazon de ideas sanas; hacedlos caritativos, generosos, leales i os garantizo en nombre de Dios que ellos serán buenos hijos, buenos padres i buenos ciudadanos. ¿Y cómo se consigue eso? Nada más fácil: vuestra razon os lo dirá, mejor que yo.

Pero se debe estudiar mui bien la índole del niño para llevar su espíritu por el mejor camino que dicte la prudencia. No es su corazon como el del hombre, que cuenta con el auxilio de una razon desarrollada, i al que bastan lecciones directas. La moral mas duradera es la que él aprende en los modelos vivos, por así decirlo, en las tiernas palabras de sus padres, i en sus suaves reconvenciones. I esto vale mas que cuantos principios de austera filosofía i de moral se intente infundirle por medio de secas máximas i aislados pensamientos. El hombre está destinado al dolor en este mundo: ¡pero feliz aquel cuyo primer dolor nazca de la sensibilidad de su corazon! En vuestras manos está, padres de familia que formais una nueva generacion; i sabed que sois vosotros los que recibireis la pena o el galardón de que ella sea vana i corrompida, o franca, leal i generosa. ¿Qué importa, vuelvo al asunto, si el niño no tiene buen corazon, que le hagáis leer i aprender a fuerza de lágrimas esos libros sin atractivo, indigestos siempre al ánimo tierno de la infancia, que corre en pos de la variedad y del placer, así como las mariposillas de la primavera vuelan de flor en flor a robarles su néctar i a gozarse en sus matices y perfumes? Pueden esas máximas sábias quedar en su mente, pero nunca en

su corazon; y ya sabeis que el corazon es el palanque de los sentimientos y afecciones que ajitan la vida humana, aí en la juventud como en las otras edades; i tenden presente tambien que la memoria es cualidad que tiene jurisdicción en la mente, pero no en el corazon: lo que en él se graba no se olvida fácilmente, i las buenas lecciones quedan allí como puestas por la mano de los ángeles. «La razon dibuja i el sentimiento graba», ha sido el sabio Montaigne. Admiro esa linda figura en que, aludiendo a dos bellas artes, nos muestra el filósofo una verdad altamente provechosa. «Un niño a quien se hace conocer lo que vale la virtud, puede estraviarse cuando mas crecido, pero de seguro que volverá luego sobre sus pasos», dice un autor venezolano. Yo digo mas: un niño a quien se le forma bien el corazon, jamas se extravía; por que no ve sino como una vergonzosa debilidad que la razon del hombre sea vencida i oprimida por la materia i las pasiones; porque jamas embota la chispa divina, a cuyo desarrollo consagra constantemente los instante de su existencia. I no se crea que hai exajeracion i extravagancia, al ver lo que sucede frecuentemente: En esto mismo me fundo: porque si hai pocos ánimos fuertes, pocos hombres que den a la razon su verdadero puesto, es, forzoso es decirlo, porque son pocos aquellos a quienes se haya formado rectamente el espíritu; i aunque llenos por otra parte de deslumbradoras cualidades i de sábia educación, esta, no nos engañemos, es una educación ficticia, violenta, que no es el libre desarrollo del germen sano de su alto principio, una educación en la cual están encerrados i oprimidos los instintos, como el alma está encerrada i oprimida en el cuerpo.

«La infancia abandonada»*

Rafael Vegas Sánchez

Está considerado como uno de los pioneros en psiquiatría infantil, labor que desarrolla en la Caracas posgomecista luego de un largo periplo por Europa y una activa participación política en los acontecimientos estudiantiles contra Juan Vicente Gómez. De hecho, no sólo es el integrante más joven de la llamada Generación del 18 sino que también se embarca en la expedición del Falke, una de las acciones más audaces por intentar invadir a Venezuela por las costas de Cumaná con el fin de derrocar la dictadura. Luego de una accidentada y larga persecución logra salir del país y se dirige a Francia y España donde se dedica a los estudios médicos y se especializa en psiquiatría. Regresa a Venezuela en 1937 y comienza una rigurosa labor por instalar un sistema de ayuda a la infancia abandonada que logró revertir la situación de violencia y mendicidad que para esa época ya amenazaba a la población infantil. A pesar de que ejerció importantes cargos políticos como el de ministro de Educación, en realidad nunca se apartó de una vocación altruista y un honesto deseo por construir un país diferente y más humano. Gestiona la compra de los terrenos donde hoy en día está la Universidad Central de Venezuela y desarrolla una excelente infraestructura de colegios públicos en todo el país. Luego de su salida del escenario político funda el Colegio Santiago de León de Caracas, uno de sus legados para formar generaciones de venezolanos preocupados por contribuir a la transformación social.

* Rafael Vegas Sánchez, «La infancia abandonada», *Revista Municipal del Distrito Federal*, Año 1, N° 2, Caracas, diciembre, 1939- abril, 1940.

«Es menester que diga, a fin de hacerlo resaltar, que me ha causado una honda impresión el constatar el valor del gobierno venezolano para afrontar, con honrada sinceridad, sus problemas respecto a la infancia. Pocos países tienen la entereza moral suficiente para declarar al mundo sus miserias y, en estos momentos en [que] las naciones, con un fin inconfesable y mezquino, se inspiran en estadísticas falseadas para hacer propaganda partidista, es consolador el contemplar la honradez con que a este respecto proceden las autoridades venezolanas. Digan ustedes que este particular ha sido lo que mayor interés y simpatía ha despertado en mi ánimo: gobernantes que conocen los males de su Pueblo y que invocan a la conciencia pública a fin de remediarlos, tiene necesariamente que encontrar el camino que ha de conducirlos a la solución de sus problemas».

Catherine F. Lenroot
 Directora de Children Bureau
 de los Estados Unidos de Norteamérica

El desamparo y abandono de la infancia constituye uno de los problemas más graves de la sociedad moderna. Si buscamos el origen de esas deficiencias de la estructura social, tropezamos con una serie de factores que afectan directa o indirectamente todas las bases sobre las cuales descansa la complicada maquinaria del Estado. De acuerdo con sus posibilidades, las autoridades distritales se han esforzado, con especial empeño, en mejorar, de la manera más rápida y eficaz, las terribles condiciones en que se encuentra una gran parte de nuestra infancia.

Nada o casi nada se había realizado en épocas anteriores, por aliviar siquiera el absoluto desamparo en que vivían muchos de nuestros niños. La función educativa municipal, indispensable al desarrollo espiritual del niño, se desenvolvía tan torpe y desordenadamente, que no sería aventurado asegurar su inexistencia. Las escuelas y demás centros docentes municipales constituían en realidad velados pretextos para favorecer o socorrer a determinadas personas y por lo que respecta a la asistencia material que reclamaba nuestra infancia, nada se había hecho hasta 1936. No existía un hospital para niños. No se conocían a las estaciones de leche ni los dispensarios de puericultura y pediatría. No se habían construido casas pre-natales, maternidades, casas post-natales, casa cuna, jardines de infancia, escuelas comedores, etc. No se habían organizado las luchas antivenéreas y antituberculosas ni los servicios

sociales. Y, desde el punto de vista de la vivienda, este problema ni tan sólo se había planteado.

Del 1° al 6 de febrero de 1938 se efectuó, por iniciativa del gobierno del Distrito Federal, el Primer Congreso Venezolano del Niño, que en este aspecto de la asistencia social, fijó diversas pautas de primordial importancia. Se creó una comisión para que elaborara un Proyecto de Código de Menores que luego fue aprobado por las cámaras legislativas; recomendó, además al Ejecutivo, la creación de un organismo técnico que controlara y coordinara todos los servicios, tanto particulares como oficiales, destinados a proteger a la madre y al niño. Y el 6 de febrero de 1939, el ciudadano presidente de la república, dictó un decreto reorganizando el Consejo Venezolano del Niño, que entró en funciones el 1° de junio de 1939. Así pues, las autoridades distritales, apoyadas eficazmente por el gobierno nacional, y conscientes de la importancia máxima que entraña este aspecto de la vida colectiva, ha dedicado todo su entusiasmo y energía a la campaña que realizan en pro de la infancia abandonada. Sin embargo, todavía falta mucho por hacer. Apenas si se han echado los cimientos sobre los cuales se levantará en un futuro próximo el completo organismo que velará por la conservación y engrandecimiento de nuestro pueblo. En la actualidad, según cálculos prudentes, más de dos mil menores, en la capital, se encuentran abandonados moral o materialmente. Esta cifra representa más del 10% de la población escolar en Caracas. Sería inútil poner en evidencia los múltiples peligros que un estado de cosas semejante representa para la sociedad; pero es menester que hagamos resaltar que en el abandono de estos niños juega un gran papel, quizás el principal, la falta de responsabilidad familiar que se observa en nuestras clases populares. La ausencia de un hogar, propiamente dicho, es la característica de estas clases sociales. La cifra impresionante de hijos naturales traduce una realidad íntima de la familia venezolana sobre la cual no se ha insistido lo suficiente. No se puede alegar que nuestro pueblo vive en familia aún sin casarse.

Esto no es cierto sino muy excepcionalmente. En la inmensa mayoría no existen los lazos religiosos o civiles del matrimonio; pero tampoco existen los lazos morales del hogar y esto por la absoluta falta de responsabilidad de los padres, por su incultura, y por ende, por su incapacidad para educar. Agreguemos a ésta la carencia de los más elementales principios de ética, el bajísimo nivel de vida y la imposibilidad en que se encuentran para satisfacer un mínimum de sus necesidades biológicas. En Caracas, particularmente, este problema se hace más agudo y adquiere mayor intensidad debido a la evolución que ha sufrido la ciudad durante estos últimos tres años. La población urbana ha aumentado enormemente a consecuencias de un movimiento migratorio interno y ya se sabe lo nocivo que resulta el ambiente de la ciudad para el que no está acostumbrado a ella. Sobre todo para nuestros campesinos. Aún suponiendo que a estas familias que vienen del campo las unieran fuertes sentimientos afectivos, las causas de desadaptación urbana actuarían rápidamente en ellas y las disgregarían. Es significativo el hecho de que el 70% de los niños que han ingresado en la Casa de Observación tienen menos de tres años de residencia en la capital.

La delincuencia infantil obedece, casi en su totalidad, a los niños que se encuentran moral o materialmente, en estado de abandono. En estas líneas no podríamos, ni sería tampoco lógico, clasificar por separado a los niños en estado de abandono —moral o material— los que están en peligro moral o los delinquentes. El niño abandonado está en peligro moral y fatalmente comete delitos para poder vivir. Esa variedad de términos no se debe a la mayoría de los casos sino a visiones diferentes y parciales del mismo problema. Si como sucede a veces esa diferenciación es la base de un sistema represivo entonces no se trata de una clasificación ilógica sino absurda. Desde un punto de vista asistencial, un joven, únicamente delincente, no presenta en la mayoría de los casos problemas reeducacionales, por tratarse de un delincente ocasional o accidental.

Por el contrario, niños que el legislador ve con simpatía y benignidad por considerarlos en estado de abandono moral o material —y que fatalmente tienen que haber cometido delitos aunque el tribunal lo ignore— son los que presentan las mayores dificultades reeducativas.

Estudiando el problema en su conjunto, puede decirse que la delincuencia infantil en Venezuela no se diferencia en sus aspectos biológicos y psicológicos de la de cualquier otro país. Existen, sin dudas, pequeñas peculiaridades cuando se la compara a la de países europeos o de los Estados Unidos del Norte, peculiaridades que están en estudio y que serán objeto de comunicaciones especiales al Segundo Congreso del Niño que se reunirá en Maracaibo el 24 de octubre de 1940. Por lo que respecta al Distrito Federal, las autoridades, desde un principio, contemplaron el problema de la delincuencia infantil y del abandono de los niños con un criterio justo y lógico.

Especialistas destacados estudiaron minuciosamente el plan que luego había de realizarse y del cual, el primer artículo de esta revista se ocupa en extenso. La lucha se ha emprendido por dos frentes. Por una parte, se han tratado de hacer desaparecer las causas, y por la otra, de aislar y reeducar al niño en quien esas causas ya habían actuado. Se han creado hospitales y dispensarios para tratar a los enfermos: se ha organizado la lucha antivenérea y se planea una campaña antialcohólica que ha de llevarse a cabo de manera eficiente; viviendas para obreros, seguro social, reparto de utilidades, protección al trabajador y escuelas, sobre todo escuela-comedores y roperos escolares.

La escuela venezolana tiene necesariamente que remplazar nuestros hogares inexistentes. Crear las escuelas artesanales ya que la no adquisición de un oficio es la manera más segura para alentar la desadaptación social. Y, en fin, luchar incesantemente para educar más y más a nuestras clases populares, despertando en ellas un alto sentido de responsabilidad ciudadana.

Una ojeada a esta revista bastará para llevar al ánimo del lector el convencimiento de que el gobierno del Distrito Federal ha sobrepasado, en este aspecto de la asistencia social, los límites que se había trazado en su programa administrativo, creando, por primera vez en nuestra patria, un organismo verdaderamente eficiente para la lucha contra el abandono y la delincuencia infantiles.

Al cerrar estas líneas, la Revista Municipal del Distrito Federal, en nombre del gobierno y la colectividad, hace patente su gratitud a la honorable dama Ada de Boccalandro, a cuya iniciativa, patriotismo y sentido humanitario se debe la creación de la Casa de Observación para Menores.

El plan de trabajo en el Distrito Federal

A fines del siglo pasado estuvieron muy en boga los establecimientos denominados «correccionales» o «reformatorios». Dichas instituciones eran simples depósitos para menores abandonados y delincuentes. Se trataba de verdaderas «cocteleras» humanas en donde se mezclaban sin previo estudio toda clase de niños. Los resultados fueron desastrosos.

Tales precedentes indujeron a las autoridades del Distrito Federal, en su movimiento a favor de la infancia, a adoptar procedimientos más modernos y humanos. Se descartó el uso de los «correccionales» y se echaron las bases de un sistema reeducativo que englobase todos los aspectos de la niñez desamparada y delincuente. Semejante sistema que comprende una serie de instituciones, algunas de las cuales están por crearse, aspira a que el niño encuentre la institución que más le conviene y no que se someta a ella. Como centro de todo el sistema se encuentra la Casa de Observación, cuyas funciones se reducen a examinar, observar y diagnosticar los casos que se presenten. Es ella la que provee a los restantes institutos del material humano infantil que ha examinado y el cual será sometido a un tratamiento racional. Su función es, pues, esencialmente distribuidora.

Las otras instituciones son las casas-hogares; los institutos de pre orientación, para menores de

12 años, con trastornos muy graves de conducta; los institutos de readaptación, para los mayores de 12 y menores de 18 años, cuyos trastornos no sea posible tratar en el ambiente de libertad que reina en las casas-hogares; las colonias psiquiátricas infantiles, para los que presenten además de sus trastornos de conducta fenómenos psicóticos o psicopáticos que requieran un tratamiento institucional.

Como armas no institucionales la Casa de Observación puede recurrir en ciertos casos al regreso al hogar bajo la custodia de su servicio social o a la colocación familiar, cuando tan perfecto método es aplicable y realizable en nuestro medio.

Las antenas de la Casa de Observación

Trabajos callejeros

La inmensa mayoría de los niños que han pasado por la Casa de Observación, han trabajado en oficios callejeros.

«Limpia-botas», «billeteros», «vendedores de diarios», «pacotilleros»... Precisamente las formas de trabajo más peligrosas para el niño, porque la calle le expone constantemente a entrar en contacto con personas viciosas que pueden corromperlo. Por otra parte, los que se dedican a esta clase de oficios se alimentan mal, duermen peor, se familiarizan con el tabaco y el alcohol y contraen con bastante frecuencia enfermedades venéreas. Se acostumbran, además, al vagabundeo y se incapacitan para todo trabajo serio y disciplinado.

El mercado público

De acuerdo con los datos que reposan en los archivos de la Casa de Observación, el niño que se fuga de su hogar acude, invariablemente, al mercado público. Al principio intenta trabajar para ganar honradamente su sustento; pero pronto el ambiente malsano que le rodea destruye esos buenos propósitos y surte su efecto corrupto. Lentamente el niño adquiere malos hábitos que le transforman con increíble rapidez en un maleante inútil y perjudicial para la sociedad. Todos los niños delincuentes

que han pasado por la Casa de Observación, han confesado haber trabajado de «pacotilleros» en el mercado público.

La calle

«La calle es la escuela del crimen», —dijo Leroit— y nada más cierto. Las fotos que publicamos a continuación bastarán para demostrarlo. En ellas puede apreciarse palpablemente la influencia nefasta que ejerce la vía pública en el alma infantil. Son estampas arrancadas a la vida urbana, retazos de miseria captados por la cámara del corresponsal gráfico de esta revista.

Bajo los puentes

Durante estos últimos años, debido a fenómenos complejos de nuestra economía, se ha venido intensificando la despoblación campesina a favor de los centros urbanos. De este movimiento migratorio se han derivado diversas consecuencias y problemas difíciles de solucionar, como el crecimiento súbito y anormal de la población en algunas de nuestras más importantes ciudades. En Caracas, este aumento inusitado del elemento humano —integrado en su mayoría por individuos pocos aptos para el trabajo urbano— ha creado, tanto social como económicamente, una serie de dificultades que preocupan a las autoridades distritales. Una de ellas es la escasez de viviendas. Los individuos menos preparados para la lucha en la ciudad, casi siempre campesinos, se han visto paulatinamente desalojados de los barrios humildes y han tenido que recurrir a guarecerse bajo los puentes. Estas familias campesinas que se formaron y crecieron en los típicos «ranchos» venezolanos, aisladas en medio de nuestros campos y montañas diluidas ahora en la promiscuidad de una existencia sórdida y miserable, se resienten profundamente por el influjo de ese ambiente mal-sano. Sin ocuparnos del aspecto higiénico que presenta este problema, queremos resaltar sólo la influencia moral que la vida, en estos conglomerados humanos, ejerce en el alma infantil. Es allí donde,

frecuentemente, se engendran la delincuencia y la prostitución.

Casa de vecindad

He aquí un hecho: más de treinta mil personas viven en Caracas en casas de vecindad. Más de treinta mil personas que carecen de espacio, de higiene, de luz, en una palabra de todos los elementos que hacen humana y llevadera la existencia. Existe una frase de René Sand, que nos parece hecha para glosar esta situación: «La moral es una cuestión de metros cuadrados».

Agréguense a la falta de espacio en la que están obligados a vivir estas gentes, el sentimiento de inferioridad que se desarrolla en las clases sociales condenadas a un confinamiento fatal en una promiscuidad asfixiante, y se obtendrá como resultado un medio extremadamente propicio al desarrollo de los bajos instintos humanos.

En este medio crecen centenares de niños. El rumor del mundo exterior, inaccesible, despierta en sus imaginaciones el cosquilleo de la aventura, fomenta en sus corazones el rencor y la envidia. El día los llama a las calles, en pandillas, o a los montes cercanos. La noche cobija sus primeros escauceos en el mundo del vicio y así, en la casa de vecindad se fragua la silenciosa tragedia de la delincuencia infantil.

Las pandillas

Impulsados por el instinto gregario, los niños abandonados se reúnen en pequeñas comunidades muy distintas a las comunidades escolares descritas por los pedagogos. Estas reuniones se efectúan habitualmente en el mercado público de Caracas, donde se forman y crecen las pandillas de niños delincuentes. Estas pandillas tienen distintas finalidades. Algunas, las que se dedican a actividades peligrosas, escogen sus miembros después de practicar una selección rigurosa y están dirigidas por adultos.

En las páginas siguientes insertaremos algunas gráficas de las quebradas y bóvedas de Caracas por donde trafican y viven la mayoría de estas pandillas.

«La escuela y otras menudencias»*

José Manuel Castillo

Escritor y periodista caraqueño, autor de algunas crónicas como «Estampas coloniales caraqueñas», «Guayana tierra inmensa y feraz» y «La Silla», esta última escrita en colaboración con Humberto Muñoz. Estuvo en el seminario desde el año 1937 hasta 1944, cuando terminó los estudios de Humanidades y Filosofía. A pesar de que tuvo vocación literaria, gran parte de su vida la dedicó al área de la agricultura. En este sentido se mantuvo activo como columnista en el periódico *Últimas Noticias*, donde escribió sobre temas agrícolas durante seis años y trabajó en el Instituto Agrario Nacional. A lo largo de su vida ejerció oficios vinculados con la publicidad, el periodismo y la escritura radiofónica. De su libro *Los muchachos de antaño*, el cronista de Caracas, Carlos Eduardo Misler (Caremis), escribe lo siguiente: «En un país sin memoria, como el nuestro, este trabajo de José Manuel Castillo juega un papel de hacer en prosa campechana y sin vitoquismo un retrato hablado de costumbres, diversiones, sistema educacional de casa y aula, arte culinario, leyendas y las más variadas historietas tanto hogareñas como las de unas calles exentas de graves vicios y peores maldades».

* José Manuel Castillo, «La escuela y otras menudencias», en *Los muchachos de antaño*, Caracas, Imprenta Municipal, 1983.

Un reloj despertador, más bullanguero que pito de once y media era el encargado de levantar a toda la familia... El muchacho tenía que alistarse «en lo que espabila un curro loco» y salir encampanado rumbo al colegio.

El trayecto a la escuela se cubría casi siempre a pie, pues el transporte automotor casi no existía en la ciudad. Había muchachos afortunados que disponían de patín o una bicicleta y se transportaban por ese medio y hasta había alguno que otro muchacho que utilizaba una patineta cuando el trayecto era corto... Lo cierto es que en la forma en que se hiciera el desplazamiento infantil, siempre se efectuaba entre algazaras, silbidos y chinazos repartidos equitativamente entre compañeros de bancada, desprevenidos transeúntes y blancos fortuitos.

Se llegaba pues a la puerta del colegio alegremente y allí mismo cesaba la cuchufleta para guardar la más ejemplar compostura.

Quien esto escribe vivía en La Pastora y estudiaba en los Salesianos; es decir, tenía que recorrer a pie diariamente, un trayecto de más o menos 60 cuerdas —unos seis kilómetros—. Menos mal que el fatigoso jalón se veía recompensado con el bucólico encuentro del paraje que comprende lo que es hoy San Bernardino... Toda esa extensión era como una gran hacienda, limitadas por sus extremos este y oeste por las quebradas de Arauco Arriba y Arauco Eraso; por el norte con las estribaciones del cerro del Ávila y por el sur por la línea del tranvía que pasaba por Alcabala y El Paradero.

Cruzar el puentecito en Gamboa era, para nuestra imaginación infantil, incursionar en el País de las maravillas... Aquí y acullá, en las riberas del Arauco, podían observarse a improvisados pescadores tratando de capturar corronchos, guabinas o anguilas para confeccionar un apetitoso sancocho o una fritanga acompañado de un guarapo de piña enfuertado... Pasado el puente de Gamboa, se desplegaba a nuestros ojos el agreste verdor de una arboleda en la que tenían primicia los mangos, bucares, cafetos y bambúes.

En los claros del bosque y en simétricos parterres, saltaba a la vista una polícroma variedad de hortalizas cultivadas por agricultores chinos... En la misma entrada de Gamboa, había una alfarería que procesaba de manera rústica, panelas, adoboncitos y tejas... Solíamos deleitarnos viendo a los peones en el solar contiguo, amasando la greda con los pies e ir llenando las cajuelas o gaveras; hacer luego los rimeros de adobes y secarlos al sol, para finalmente llevarlos al horno.

A medio trecho de nuestra ruta escolar, nos tropezábamos con el quitrín del isleño, repleto de frutas, verduras y hortalizas, rumbo a San José o Candelaria, para ofrecer de casa en casa el vegetal presente de las sementeras caraqueñas... Era la oportunidad de hacer alguna «diablura», tal como pillarle una mano de cambures titiaros o unos gajos de mamonés al distraído «marchante»... Y ¡ay del pobre muchacho que fuera cazado *in fraganti* en esta fechoría; lo menos que llevaba era cuatro chaparrazos de isleño, por salva sea la parte!

Casi al final del trayecto, se encontraba «la gran perdición de los muchachos»... «la irresistible tentación de pecar»: la oportunidad de jubilarse no asistiendo al colegio... Esta tentación estaba encarnada en las pozas del Anauco, sombreadas por bambúes y matas de jobo.

Era cosa de gusto ver las horquetas de la matas o el suelo, esterado de bultos escolares y ropa infantil, mientras sus felices propietarios se daban un chapuzón, muy orondos, sin recordar para un cipote el sagrado deber de asistir a clase... ¡Aquellas zambullidas en las cristalinas aguas nacidas en las vertientes del Ávila, no tenían precio ni parangón alguno!...

¿Quién iba a acordarse de las tediosas tareas escolares, teniendo por delante el aula majestuosa de la naturaleza, pletórica de luz, de armonía de colores y matizada además con la gracia canora de las aves? Bien valía la pena el castigo o reprimenda posterior a la escapada, después de haberse dado semejante banquete espiritual y físico.

Expresamos hace unos cuantos párrafos que, al llegar a la puerta del colegio, cesaba la guachafita...

Efectivamente; ya que después del saludo de rigor, se hacía la formación en el patio principal para tomar la asistencia y al final salíamos rumbo a su salón.

Bueno, en cuanto a eso de que había terminado la guachafita, debemos hacer una pequeña rectificación, pues siempre había pequeños incidentes graciosos, tales como la «impensada» zancadilla a un compañerito, que daba al traste con su humanidad, con el resultado de un taturó en la frente, o la jeta hinchada al caer de bruces... También se estilaban unos cartelitos jocosos que de repente aparecían pegados con chicle en el trasero de algún muchacho que ni cuenta se había dado de la jugarreta... Pero sucedía, que al pasar frente a la tarima del maestro, rumbo al pupitre, el preceptor se daba cuenta del asunto, mandaba a parar a la víctima, le quitaba el cartelito y leía la inscripción en voz alta:

¡Yo soy una bestia!

Indignado y con voz tonante, el maestro increpaba al salón entero.

—¿Quién es el que dice que mengano es una bestia?... ¿Quién fue el de la ocurrencia?

Un silencio sepulcral era la respuesta...

Sin embargo, a veces salía un soplón y para ponerse en la buena con el maestro acusaba:

—¡Ese fue zutano y lo ayudó zutanejo!...

Entonces sí ardía Troya... Porque a los acusados se les hacía pasar a la tarima magistral y después de obligarles a confesar su fechoría ante todos, el maestro les propinaba sendos coscorrónes y les daba un templón de orejas que quedaban contando las estremitas del firmamento.

Mas por lo común, las clases transcurrían en un ambiente de orden y respeto, y si en alguna oportunidad algún muchacho se salía del carril, sabía que le esperaba toda una gama de castigos a cual más tremendo y aleccionador.

Vamos a mencionarles algunas de esas sanciones.

Al que se distrajesse y distrajera hablando durante la explicación del maestro, se le daban diez palmetazos en la planta de la mano. La palmeta consistía en un pedazo de suela tiesa en forma de lengüeta o un trozo de madera delgada, de la misma forma.

Más de un muchacho se orinó delante de sus compañeros después de recibir unos palmetazos; y hasta se hacía pupú, si en vez de palmetazos, el maestro le daba unos chaparrazos...

Es de advertir que entonces los muchachos usábamos pantalones cortos y por eso, los chaparrazos al igual que las pelás, causaban un gran estrago en las piernas.

Otro castigo corriente consistía en poner al muchacho a llenar varias hojas en el cuaderno con una frase aleccionadora, tal como: No debo hablar en clase... Debo respetar y obedecer a mi maestro... etc., etc. Y en caso de reincidencia, hasta se le obligaba a llenar un cuaderno entero.

Un castigo que siempre considerábamos bárbaro y que eludíamos a todo trance, era el consistente en arrodillar al muchacho en una esquina del salón, sobre un puñado de piedrecitas o granos de maíz y encasquetarle dos peñones para que los sostuviera con las manos en alto.

Otras veces se hacía subir al muchacho sobre un pedestal, se le colocaba un letrero en el pecho y un cucurucho en la cabeza para convertirlo en el hazmerreír de los compañeros... Había que ver la rechifla que se formaba... Menos mal que esas cosas pasaron a la historia y aunque, como decía mi abuela... no quebraban hueso... Sí dejaban alguno que otro trauma psíquico... La sana intención, sin embargo, de aquellos maestros o del sistema era, implantar disciplina y respeto y corregir entuertos bien temprano...

Con el decurso de los años, la metodología ha cambiado; no acabamos de adivinar si para bien o para mal, pues observando el panorama familiar y estudiantil, llegamos por los momentos a compartir el criterio de una pedagoga moderna, amiga nuestra y psicóloga para más señas.

Ella además de regentar un colegio, es madre de siete hijos y como colofón a los comentarios que hacíamos mutuamente sobre esta problemática nos espetó esta expresión:

—Mire compadre, yo ahora soy partidaria del «psicotrancazo»...

—¿Qué qué? —exclamamos.

—¡Lo que oíste!... O sea, que tú le razones y le adviertes al muchacho; le das una orden y esperas el tiempo razonable y si después de todos esos recursos insiste en seguir echando jareta; pues agarras la correa y le das dos tatequieto bien dados, ¡y se acabó la jojana!...

Bueno, pero ya basta de sanciones y veamos qué pasaba durante los recreos escolares, en nuestros tiempos.

En el patio del recreo, se desparramaban los muchachos, formando grupos y parejas según sus preferencias.

Unos organizaban una partida de pelota, otros sacaban a relucir sus trompos para echar un pique de amapola o de arrime en la Troya. Para este juego se empleaban tres trompos; el servidos, que era un bicho ya viejo y medio inservible; el castigador, con una punta especial de clavo bien afilado y el de malabarismo, que era el trompo sedita para la maroma y el arrime.

Juego inmancable durante el recreo era el de las metras o canicas.

Entre las modalidades que recordamos están, el hoyito, la riña, el clavito, pepa y palmo, uñita y el volao... Cuando el muchacho perdía, solía decir resignado: ¡me rucharon, vale!... Y el que se las daba de avisgado, cuando ya se veía perdidoso, recogía violentamente las metras que tenía en el juego; tomaba un poco de tierra y con un gesto característico, exclamaba ¡Boto tierrita y no juego más!...

Y de la perinola ¿qué decíamos?... Cómo se divertiría la gente con este juego, que hasta quedó una frase estampada a este respecto y es esa que reza para expresar que llegamos al summun de la gozadera: ¡gozamos una perinola, mi vale!...

Pues bien con la perinola se organizaban partidas que se estimaban en tantos; cincuenta, cien o más; y las modalidades podían ser: la vuelta sencilla, la doble vuelta y hasta la triple vuelta y finalmente el palito... Los muchachos de ahora usan una modalidad que nos parece un poco atrabiliaria y es la de hacer los tantos, recortando el guarial con los dedos y produciendo un golpeteo loco en el que se ensarta como pistola de repetición...

Se practicaba algo en los recreos, que no era propiamente un juego, pero sí una travesura que más de una vez daba origen a riñas y era el «contín mitá», consistente en quitarle al arrebatado, al que hubiese hecho el pacto, la mitad de lo que estuviese comiendo... Para rubricar ese convenio entre los muchachos, se estilaba agarrarse por los dedos meñiques y darse un templón exclamando: ¡vamos a contín mitá! Si al que se aplicaba la fórmula se negaba a compartir la golosina o lo que fuera entonces venía el arrebatón y el otro muchacho gritaba: ¡contín mitá, no me recoja!...

Era frecuente también en los recreos, que intempestivamente se formara una pelotera de muchachos encaramados unos encima de otros; esto ocurría generalmente después que un gracioso le metía una zancadilla al más pazjuato, y al verlo derribado, gritaba llamando a los otros con quienes se había puesto de acuerdo:

¡Qué crezca el pilón!...

Más de uno salía medio asfixiado y con los riñones vuelto papilla después de esta gracia...

Había otras diversiones más reposadas, como elevar papagayos y cometas; poniéndole hojillas de afeitar a veces, para picar el papagayo del contrario y que se fuera «a la isla»... En este juego se aplicaban varias técnicas a fin de elevar lo más alto posible el papagayo y había muchachos que eran todos unos maestros en «quebrar» el papagayo para que cabeceara en airosa cabriola por los cielos.

Los papagayos se confeccionaban y se hacen aún, de verada, cabuya, papel de seda y tiras de trapo

para las colas. Tienen diversas formas, pero la más corriente es la de barrilete.

¿No elevó usted, querido lector, su papagayo cuando muchacho?

Pues si no lo hizo, le sugerimos que consiga uno y con el pretexto de sacar a su hijo o nietecito, póngase a hacerlo en una loma donde sople el viento a rabiar y verá que gozará más que un chino en tranvía y por si fuera poco, hasta podrá experimentar la sensación de que está haciendo un viaje a las estrellas.

Había muchachos que durante los recreos no era como quien dice, ni fú ni fá... no les gustaba sudarse, ni ensuciarse la ropita y comúnmente optaban por ponerse a leer historietas o a intercambiar barajitas para llenar los álbumes en boga.

Los suplementos que recordamos de esa época eran: el Tit-Bits, El Rataplán, Jeromín, las series de

Tarzán y el Agente x9, Pinocho, Frankenstein, Poppe y el Ratón Mickey, los cuentos de Calleja.

Había otros jueguitos suaves para los pacíficos como el yoyo, tomatera, la pareita y el teléfono, consistente este último en dos laticas perforadas a las que se les atravesaba una cabuya de unos cuantos metros de largo y a cada extremo se colocaba un muchacho para iniciar una conversación cualquiera.

Se estilaban también las adivinanzas, con penas para el que no acertara y un premio para el ganador... La pena consistía en llevar a «cabrito» al ganador, paseándose por todo el patio; y el muy vivo aprovechaba para «aguijonear» al cabrito hincándole los tacones por los costados... También había que pasear al ganador en «silla de mano», arrechonchándose como para serle más pesado a los cargadores.

«El niño que yo era»*

Aquiles Nazoa

Sin duda alguna a Aquiles Nazoa (1920-1976) se le reconoce como el humorista de mayor proyección en el contexto nacional, no sólo por su extensa obra, salpicada de numerosos recursos del humor, sino también por su vinculación con esta categoría del discurso desde la investigación y otras áreas de la comunicación.

Aquiles Nazoa nace en 1920 en Caracas, en el seno de una familia humilde, lo que impulsó su temprana necesidad de trabajar. Los diferentes oficios que realiza —botones y telefonista en el hotel Majestic de Caracas, ayudante de bodega y guía turístico en el Museo de Bellas Artes, entre otros— agudizan su capacidad para observar y registrar experiencias del comportamiento humano. En este recorrido, entra como empaquetador del diario *El Universal*, empleo que le permite conocer oficios vinculados al periodismo, carrera que consolidará a lo largo de su vida. Nazoa colabora en revistas emblemáticas como *El Morrocoy Azul*, *Elite* y *Fantoches*, donde utiliza diferentes seudónimos que muestran su ingeniosa capacidad humorística. La obra de este poeta, dramaturgo y periodista es prolífica; además de sus poemas también escribe diferentes ensayos, entre ellos *Caracas física y espiritual*, con el que ganó el Premio Municipal de Literatura del Distrito Capital en 1967. Su libro más conocido es *Humor y amor de Aquiles Nazoa* (1970), donde entrelaza de manera admirable la mirada irónica a la sociedad con pinceladas de enorme ternura. Otro de sus libros fundamentales es *Vida privada de las muñecas de trapo*, en el cual registra las memorias de una infancia envuelta en las brumas de la poesía.

* Aquiles Nazoa, «El niño que yo era», en *Vida privada de las muñecas de trapo*, Caracas, Litografía Tecnicolor, 1986.

Mi niñez fue pobre, pero nunca fue triste; fue más bien pensativa y serena y en muchos aspectos fue en la realidad tan hermosa como la revivo en la memoria. Para poblarla de fantasía, yo contaba con la amistad entrañable de mi abuela, que en su colorido castellano de isleña de El Hierro, sabía contar tan extraordinarias historias como las de su viaje de Tenerife a La Guaira en un barco de vela azotado por los furiosos vientos del Atlántico.

Ella vivía con mis dos tíos que eran panaderos y debían dormir de día porque trabajaban de noche, de modo que la casa estaba siempre sumida en un silencio de siesta, propicio para que mi abuelita contara en voz bajita sus largas historias y también oír viejas canciones de otras tierras, que ella contaba mientras pelaba sus papas, con una voz casi susurrada. Con ella tenía yo también a mi padre, que era un temperamento sencillo y poético, ciclista que amaba las excursiones dominicales al campo, a las que yo siempre lo acompañaba. Algunos domingos nos íbamos a pie al Ávila y por la tarde volvíamos cargados de flores, de moras, de duraznos, o de plantas de anís o de romero. Otras veces los paseos eran por la ciudad. En la mañana nos íbamos a pie hasta la plaza Bolívar o hasta el mercado de San Jacinto, tomábamos helados en «La Francia» y, si nos aburría la retreta matinal, subíamos al tranvía de El Paraíso o el Central, o nos íbamos para Sabana Grande que era mi paseo preferido porque el recorrido desde la Estación Central se hacía en un fantástico tranvía de dos pisos. En los tiempos en que yo tenía seis años, había en Caracas muchos españoles; el día del cumpleaños del rey Alfonso XIII que era el del mío, los españoles ponían sus grandes banderas rojo y gualda en las ventanas. Mi padre entonces me llevaba a pasear y me decía que las casas estaban embanderadas porque era el día de mi cumpleaños. Por aquellos tiempos ingresé en la escuela de Misia Rosa, donde aprendí a leer. Cuando estuve más grande, pasé a la escuela del señor Pablo Meza, que estaba al lado de una dulcería a la que al salir de la escuela nos metíamos a pedir recortes de

dulces que los pasteleros nos regalaban generosamente. En aquella escuela hice amistad inseparable con Héctor Poleo y su hermano Manuel Antonio. Con ellos y otros muchachos nos jubilábamos algunas veces hacia el Guaire, en cuyas aguas todavía era posible bañarse, y cuyas riberas estaban sembradas de hortalizas por los horticultores chinos a quienes robábamos los más picantes rábanos o aquellas lechugas tan esponjadas. Por entonces, aprendí la vida secreta de Caracas, en arriesgadas excursiones a lo largo de las quebradas de Caroata y Catucho, por debajo de cuyos puentes, túneles y embovedados atravesábamos casi toda la ciudad, descubriéndola en los meandros más misteriosos de su intimidad. Otras tardes, al salir de la escuela, me iba para la Panadería de Solís, donde mis tíos panaderos trabajaron tantos años, y allí me convertí en una especie de mascota de los panaderos. Allí me pasaba largas horas viéndolos trabajar en el torno y la artesa, o sacar del horno las grandes paladas de pan caliente que caían en una gran cesta, llenando el ambiente del más noble de todos los olores. Yo ayudaba en pequeñas cosas y curioseando en el departamento de pastelería aprendí muchos secretos de ese oficio, y también me indigestaba frecuentemente.

Desde los tiempos en que mi abuelita y mis tíos vivían en una vasta casa de vecindad casi toda habitada por árabes, martiniqueños y trinitarios, me atrajeron los idiomas extranjeros. Pronto me hice amigo de una popular dulcera negra de origen trinitario que ponía su canasto de dulces todos los días en la esquina de Sociedad, y con ella, sin que en mi casa lo supieran, aprendí mis primeras lecciones de inglés, socorrido también por un vendedor de tostadas que tenía su carro junto a las escalinatas de El Calvario. (Papá quedó pasmado de la sorpresa al encontrarme una tarde en el Correo hablando con unos turistas norteamericanos que me habían tomado como cicerone. Tendría yo entonces doce años).

Todavía tengo otros hermosos recuerdos: Me acuerdo por ejemplo de la brumosa tarde en que Lindbergh voló sobre Caracas y de cómo me arriesgué

a llegar solo hasta El Paraíso para ver su aeroplano que, según se decía, había aterrizado en el hipódromo. Fue aquella también una de las tardes más amargas de mi vida, porque un policía, siguiendo la más inveterada tradición de la policía de Caracas de todos los tiempos, al sorprenderme trepándome a una de las rejas del hipódromo para ver el aeroplano, me arrestó y me llevó casi a rastras hasta la Jefatura de San Juan, donde, encerrado con otros siete niños en un cuarto lleno de cachivaches, estuve llorando hasta la noche, cuando después de azotarnos el propio jefe civil con un foete, nos soltó a todos. También me acuerdo de los sucesos de 1928. Yo vivía entonces frente a la estación del ferrocarril, en una calle paralela a los rieles, pero a un nivel más alto que permitía ver los trenes por la parte de arriba. Yo tengo una hermana, Justina, que entonces era una muchacha a la moda *flapper* de 1928, época del talle bajo, la falda corta, y el corte de pelo a lo *garçonne*. Así era mi hermana y también gran bailadora de charleston en los bailes amenizados con pianola o con victrola. Aquel fue el año de la gran revuelta estudiantil. Los estudiantes fueron apresados en masa, y en vagones destinados al ganado, vagones de los que no tienen techo, los enviaban en gran-

des cantidades hasta Valencia para a continuación remitirlos al castillo de Puerto Cabello. Cuando el tren de los estudiantes se detenía en la estación de Palo Grande, mientras la máquina cambiaba, todas las muchachas de nuestro barrio se reunían en la calle donde vivíamos, para desde esa altura agasajar a los estudiantes que se hacinaban en sus vagones. Recuerdo a mi hermana Justina tirándoles dulces y flores, y ellos desde abajo dedicándole los más sonoros besos volados. Cuando el tren se iba, ella se ponían a llorar y el coro de muchachos se despedían de ellas cantando.

Otro de los encantos en mi casa por aquellos tiempos fue la aparición de la radio en Caracas. Mi padre se convirtió en un furioso radiófilo y fue uno de los primeros caraqueños en oír la estación norteamericana de Schenectady (la primera que se estableció en el mundo) utilizando un radio de galena de su propia fabricación. La pasión del radio y la generosidad de mi padre que a todo el que le pidiera le enseñaba la sencilla técnica para confeccionar un receptor, atrajo a nuestra casa a mucha gente joven e interesante, llena de ideas nuevas y de conocimientos, con la que descubrí el mundo de los libros.

*La infancia en la poesía venezolana**

Beatriz Mendoza Sagarzazu

Poeta venezolana, nacida en Valencia en 1926. Ha colaborado en prensa especializada y se ha dedicado a la docencia en las áreas de arte y literatura. Integró la primera Dirección de Cultura del estado Carabobo. Por su obra *Concierto sin música* ganó el Premio Municipal de Poesía en 1966. Además obtuvo el Premio de Poesía José Rafael Pocaterra (1964). Entre sus obras se encuentran: *Cielo elemental* (1948), *Viaje en un barco de papel* (1956), *Al sexto día* (1957), *Concierto sin música* (1965), *Tarea de vacaciones* (1977) y *La muerte niña* (1978). En 1984 la Presidencia de la República editó un libro de referencia obligada para los estudiosos de la literatura infantil nacional: *La infancia en la poesía venezolana* de su autoría.

En el prólogo ya se descubre a una autora de voz delicada y profunda, que trata de acercarse a un concepto tan inasible como la poesía, pero desde el espíritu y las evocaciones: «...nadie puede negar la existencia de la poesía, una de las pocas verdades que siguen siendo evidentes por sí mismas. Y aun cuando no pueda encerrarse en los estrechos límites de una definición, su materia, quizás como ninguna otra, porque de por sí es cambiante, persiste a través del tiempo y de los espacios...». Mendoza Sagarzazu es miembro de la Real Academia de la Lengua.

* Beatriz Mendoza Sagarzazu, *La infancia en la poesía venezolana*, Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República, 1984, pp. 110, 113 y 148-149.

Para el niño no hay fronteras entre lo posible y lo imposible, entre lo real y lo imaginado. La vida es un acto de magia y él es un pequeño prestidigitador, un diminuto dios capaz de inventar criaturas sometidas a sus propias leyes y conveniencias. Fundamentalmente, el niño es un creador, inconsciente de su poder, pero un creador con todas las posibilidades a su alcance, sin obstáculos que dificulten sus entradas y salidas de ese mundo maravilloso de los sueños. Si hubiera de escogerse una cualidad distintiva de la niñez, esa cualidad podría ser la imaginación, esa capacidad que campea —absoluta— en los primeros años del hombre y que éste desafortunadamente va dejando atrás a medida que va cumpliendo su proceso de desarrollo. El hablar del niño en esa etapa de aprehensión de lo que le rodea es hermoso, es poético, porque no está contaminado y posee la inocencia irrestricta que le hace nombrar el mundo con metáforas e imágenes sorprendentes que escapan muchas veces de la comprensión del adulto y hacen que éste presente a sus ojos la misma figura tonta que el infante parece ofrecer al hombre cuando el hombre lo minimiza.

Voy a hacerte un mundo niño

José Antonio D'Armas Chitty

Voy a hacerte un mundo niño
 para que vivas tu sueño:
 un mundo verde con trinos,
 soles, caminos y vientos;
 anchos cielos de magnolia;
 selvas de azafrán ardiendo;
 un llano de miel que mire
 con ojos de siete pueblos;
 mundo en que lleven los cardos
 el corazón entreabierto
 y haya tierra para todos
 y hablen los niños en verso.

Pero si huyen los caminos
 y el calor mundo no encuentro,
 y los dientes del verano

largos de brisa y de fuego
 agostan verdes y nubes
 entre impasibles incendios,
 haré tu mundo en el agua
 y allí vivirás tu sueño;
 verás peces amatistas
 que viajan en barquichuelos
 y algas de nieve y espuma
 con sus palacios por dentro.
 Un cocuyo traza el rumbo
 y otro guía los veleros;
 un silbo de abejas rubias
 abre el camino del viento,
 y cuatro garzas rosadas,
 en cuatro blancos silencios,
 van izando el arco iris
 al costado de los puertos.

En ese mundo, los niños
 dicen inefables cuentos,
 y por el agua caminan
 como en un firme sendero,
 y oyen pájaros de bruma
 ríos que llegan al cielo;
 y la tierra, como un libro,
 enseña grises desiertos,
 y maizales de horizonte,
 lagos de niebla y silencio,
 y hondos valles, ranchos, niños
 que alegres van al colegio;
 y hormigas rojas que erigen
 torres en sus hormigueros,
 y cerbatanas que pulen
 su radar anocheciendo,
 y zancudos que aterrizan
 con la cabina en incendio,
 y elefantes amarillos
 y pensativos camellos
 que están sin beber cien años
 comiendo dátiles negros.

Los niños

Vicente Gerbasi

Para ellos la tarde ha reservado una luz eterna
en la fronda cambiante de los parques.
Para ellos vuelan en círculo las aves el día,
y una música nace precediendo la noche
de las calladas colinas.
Ellos han visto al arcoiris en el fondo del valle,
donde el año ha dado a los árboles un denso
/tinte rojo,
donde las nubes organizan la fulgurante
coronación de un rey.

Ellos conocen el movimiento de las flores,
el rumbo de los insectos,
la desaparición lenta de la luz entre las yerbas.
En sus ojos se va ocultando el día
con el canto de las cigarras.
Ellos viven dentro del secreto del mundo,
como dentro de la música de un arpa.
En su alegría la tarde mueve sus últimos ramajes
y ellos comienzan a sentir que la noche nace
/de su corazón.

Niño campesino

Miguel Otero Silva

La choza enclenque y parda lo acunaba en su
/puerta
con el orgullo ingenuo de las ramas torcidas
que balancean al viento la flor que les nació.

Era un niño terroso que miraba al barranco.
Era un niño harapiento
con los ojos inmutables del indio
y los rasgos ariscos del negro.
Uno cualquiera de los cien mil niños
que nacen en las chozas marchitas de mi tierra.

Yo me detuve ante la puerta
y el niño de la choza
arrancó su mirada impasible del barranco
para fijarla en mí.

Yo le dije

—¿Estás solo?

Y él habló con la voz cadenciosa del indio

—Las flores del barranco son amigas.

(Era un niño poeta.

Yo lo había presentado en los ojos profundos).

—¿Pero no tienes miedo?

Y él habló con la voz jactanciosa del negro:

—Yo soy el macho ¿sabe?

Mi hermanita se fue con mamá a cortá leña.

(Era un niño valiente

Yo lo había presentado en los rasgos audaces).

Después le hablé del palpar del río,
del verde hecho ternura en la hondonada
y del verde bravío en la montaña.

Él me dijo que amaba el silbido del viento
y el azul valeroso de los cielos desnudos
y el canto y el plumaje de los pájaros.

(Era un niño pintor

o músico

o poeta).

Sirvióme agua de la tinaja grande

y cuando me marchaba

me tendió la sonrisa fraterna de los negros.

Y se quedó mirando su paisaje

y aferrado a la choza

como la flor al árbol.

Yo descendí la cuesta

desbandando mi palomar de angustias

por los niños poetas,

por los niños pintores,

por los niños artistas

que nacen en las chozas de mi tierra

y se quedan mirando los barrancos para toda

/la vida.

Por la obra que nunca ha de nacer

porque están en el mundo con las manos

/cortadas

esos niños terrosos de las chozas marchitas.